

## SOBRE LAS APROXIMACIONES A LA FILOSOFÍA MORAL DE KANT DESDE LA ANTROPOLOGÍA

Brian JACOBS y Patrick KAIN (eds.): *Essays on Kant's Anthropology*, Cambridge: Cambridge University Press, 2003, ix + 265 págs.

Patrick R. FRIERSON: *Freedom and Anthropology in Kant's Moral Philosophy*, Cambridge: Cambridge University Press, 2003, x + 211 págs.

En 1997 se publicaron las lecciones de antropología de Kant en el marco de su obra completa —nada menos que noventa y siete años después de la aparición de los primeros tomos de esta canónica edición de la Academia. El entusiasmo que marcó la recepción de estos nuevos volúmenes fue debido, en parte, a que el horizonte hermenéutico de un número relevante de intérpretes incitó a una rápida asimilación de esta antropología y a su aplicación a la investigación de la filosofía moral de Kant (Frierson 68 s.). Así es, en el contexto naturalista y utilitarista que determina las aproximaciones típicamente angloamericanas a la ética de Kant, el rechazo de su transcendentalismo y dualismo ha llevado a una apropiación distintiva de su filosofía moral<sup>1</sup>. Ésta —representada paradigmáticamente por P. Guyer y su proyecto de ‘naturalizar a Kant’— podría ser descrita como el intento de presentar una *alternativa moral kantiana al sistema ético del propio Kant*. Semejante modelo de interpretación trae consigo la necesidad de transfigurar el canon que rige la ocupación con el *corpus* kantiano. Así, la antropología, de ser un ámbito de reflexión prácticamente despreciado por la *Kantforschung* (cf. Jacobs/Kain 4), ha pasado a convertirse en la clave de algunas de las lecturas actuales más importantes de Kant. Son buenos ejemplos de esta aproximación a la filosofía moral de Kant desde la antropología tanto

la monografía de Frierson como el volumen colectivo editado por Jacobs y Kain.

Las aportaciones a este último evidencian que el intento de interpretar la filosofía moral de Kant desde la antropología es una tendencia cada vez más presente en la discusión actual de su obra. W. Stark encuentra una relación proporcional entre carácter transcendental y teoría moral, por un lado, y carácter empírico y teoría antropológica, por otro, que le lleva a afirmar la coimplicación de ambas en el sistema del filósofo de Königsberg. R. Louden identifica la antropología como la ‘segunda parte de la moral’ y explica el estudio empírico del hombre en tanto que ser racional libre como parte del proyecto kantiano de un *Übergang* (o transición) entre naturaleza y libertad. S. Shell y P. Kain estudian el modo en el que conceptos tradicionalmente ligados a la ética como el de felicidad o prudencia se desenvuelven teóricamente en la antropología de Kant. Y A. Wood se dirige de modo explícito contra los que acusan a Kant de ser un pensador fundamentalmente individualista, reivindicando de la teoría moral de Kant la atención a la mediación de lo histórico y lo social. Para ello, subraya la importancia de nociones como la de ‘comunidad ética’ del escrito sobre la religión o la de ‘insociable sociabilidad’ del ensayo sobre la historia cosmopolita.

Sin embargo, el ensayo de R. Brandt demuestra que esta discusión permanece aún abierta, enfrentándose a tales intentos hermenéuticos. Desde la autoridad que le confiere el haber coeditado sus lecciones de antropología, este autor argumenta contra la pretendida relevancia de la antropología de Kant en la discusión de su teoría moral. Para él, la teoría de la ‘formación del carácter’, que expone en las lecciones y desde la que la mayoría de los intérpretes establece aquella conexión con lo ético, no tiene una intención moral, sino pragmática; la antropología ni siquiera pertenece a la filosofía en sentido estricto y puede dudarse de que esta ‘antropología’ que Kant leyó ante sus alumnos sea la ‘antropología moral’ a la que se refiere en sus escritos sistemáticos.

La aproximación a la filosofía moral de Kant desde la antropología no está, como vemos, exenta de problemas. El principal logro del libro de

<sup>1</sup> Sobre esta recepción de la ética kantiana puede verse el informe de G. LEYVA, «Notizen zur neueren Rezeption der Kantischen Ethik in der angloamerikanischen Philosophie», *Philosophische Rundschau*, 49/4, 2002 y 50/1, 2003.

Frierson es el de exponer de manera lúcida el problema fundamental que presenta al sistema filosófico de Kant la inclusión de algo como una antropología. ¿Cómo integrar en un sistema de la libertad —como es la ética de Kant— el estudio empírico de la naturaleza humana? ¿Cómo pretender, además, que tal estudio tenga alguna relevancia moral, cuando el valor moral de las acciones se determina desde una noción de autonomía que trasciende todo anclaje empírico? Este problema, que Schleiermacher trajo a discusión inmediatamente tras la publicación de *La Antropología* (1798), se agudiza cuando la versión que se presenta del concepto kantiano de libertad es el más extremadamente incompatible y dualista. Todo el esfuerzo de Frierson se dirige a resolver esta antinomia.

Para él, la antropología kantiana, como estudio empírico de la ‘naturaleza humana’, se ocupa de dar con las condiciones que obstaculizan e incluso fomentan la aplicación de máximas acordes a la ley moral. Si lo empírico tiene un grado tal de incidencia en la realización de la conducta evaluable éticamente, su estudio no puede desecharse como moralmente neutral. Frierson expone un modelo de relación entre lo ‘nouménico’ y lo ‘fenoménico’ del quehacer moral humano, en el que la conducta determinada empíricamente vendría a ser *expresión* de una voluntad buena, libre e inaccesible a la experiencia. El valor moral de esas intervenciones empíricas —destinadas a incidir positivamente en la realización de acciones moralmente buenas (*i.e.*, que se ejecutan desde máximas universalizables)— habría de determinarse desde su concordancia con el ‘deber imperfecto de desarrollar la perfección moral de uno’. Así, nos dice el autor, las condiciones empíricas tendentes a promover la moralidad son constitutivas de la virtud y la filosofía de Kant accede a tal cosa si no se desatiende el importante papel que en ella juega la antropología moral.

Sorprende el modo en el que Frierson desarrolla esta posible mediación antropológica de la libertad en Kant y gana aquella noción de *expresión*. En vez de articular su argumentación a partir de los textos en los que Kant expone su concepción de la libertad de modo sistemático (*v.gr.*, las *Críticas* o la *Fundamentación*) y de aque-

llos en los que se despliega su antropología (la de 1798 y las *Lecciones*), este autor hace uso prolijo e intensivo del tratado sobre la religión de 1793 y de los escritos de filosofía de la historia. Por ser éstos, como también los de pedagogía, los textos en los que Kant tematiza *la mediación socio-histórica del sujeto*.

Coherente con el marco teórico en el que se inserta su trabajo, Frierson declara abiertamente su intención de dejar de lado las discusiones «metafísicas» en torno al concepto kantiano de libertad. Esto lastra su trabajo con dos problemas fundamentales. En primer lugar, su exposición de la filosofía moral de Kant se resiente. Así, asume como válidas afirmaciones tan discutibles como que la prioridad que se exige a lo inteligible la antinomia es temporal o que no todas las acciones libres son moralmente relevantes. Posiciones que necesitarían ser respaldadas, respectivamente, con una reconstrucción de la argumentación de la ‘Tercera antinomia’ y por una refutación de lo que los intérpretes llaman *Reciprocity thesis* (Allison), *Äquivalenz-These* (Bittner) o *Analytizitätsthese* (Schönecker *et al.*), y que no es otra cosa que la *identidad lógica* de libertad y moralidad que permite articular —aunque de diferente manera— la *Fundamentación* (GMS III) y la segunda *Crítica* (KpV §§1-8).

Por otro lado, esa «noción kantiana de expresión» o «expresión en un sentido kantiano» (¿de la que Frierson habla sin remitirse en ningún momento a tal uso de la noción de ‘expresión’ en la obra de Kant!) no puede terminar de apuntalarse sin encuadrarla en la discusión «metafísica» en torno a la forma de interpretar la relación entre lo fenoménico y lo inteligible. Sencillamente porque tal *expresión* conductual y empírica (‘fenoménica’) de la voluntad buena (‘nouménica’) significará cosas distintas si con ‘fenómeno’ y ‘noumeno’ se mienta ‘dos objetos’, ‘dos perspectivas o puntos de vista’ o ‘dos esferas de realidad’.

Aunque se admita que las iniciativas de ‘socializar a Kant’ (*i.e.* de rastrear ese momento de *mediación social del sujeto* al que apuntan algunos de sus escritos) tienen que entrar a formar parte de la reconstrucción del complejo de su teoría moral, no puede dejar de lamentarse, sin embargo, que en tales aproximaciones se des-



precie el carácter problemático de su noción de libertad. Así, por un lado, Wood llega a afirmar que «las conjeturas de Kant sobre la libertad nouménica sólo son posibles si no podemos llegar a tener un conocimiento satisfactorio de la mente», ya que, «si tuviéramos acceso fidedigno a las causas naturales de nuestra conducta, sería insostenible afirmar que sus causas reales difieren de aquéllas y trascienden toda experiencia» (Jacobs/Kain 50). Por otro, Frierson acepta —sin entrar a discutirla— una interpretación ‘metafísica’ e incompatibilista de la noción de libertad en Kant. En ella, tal libertad asume una preponderancia en su relación asimétrica con lo empíricamente determinado que desprecia como meramente retóricas las afirmaciones en las que Kant se plantea la posi-

bilidad de un universo articulado exclusivamente desde la causalidad natural y cerrado a toda espontaneidad y libertad (cf. *Ak.-Ausg.* IV, p. 456 o *KrV*, B XXVIII s.).

Una ‘socialización de Kant’ que no quiera dejar de lado la aportación distintiva de su pensamiento a la discusión moral, ha de pasar necesariamente por trabar esos indicios de *mediación socio-histórica del sujeto* con la red conceptual que tan laboriosamente teje Kant en la ‘Tercera antinomia’ o en la ‘Analítica de la razón pura práctica’. Y ello, además, sin pretender sustraer al concepto de libertad un ápice de su problematización, pues es precisamente ésta la que le otorga —si es que aún lo tiene— algún sentido.

José M. GARCÍA GÓMEZ DEL VALLE

